

Dinámicas huérfanas y *ethos* cultural en Tijuana

JORGE E. BRENNAN B.*

LOS ESTUDIOS CULTURALES, como ámbito disciplinario relativamente nuevo de las ciencias sociales y las humanidades, se han abierto paso en su capacidad explicativa una vez que algunos paradigmas de la sociología –sobre todo pero no únicamente– entraron en crisis frente a los cambios históricos y sociales acaecidos en los últimos cincuenta años, aproximadamente. En este marco, la sociología ha cruzado por diversos movimientos de carácter epistemológico orientados a reconfigurar su potencial explicativo en un entorno global y complejo en el que la multidimensionalidad y no las explicaciones monolíticas y reduccionistas, han demostrado un mayor potencial explicativo. Así, desde la década de los ochenta hemos visto una ciencia sociológica dando giros antropológicos, psicoanalíticos, lingüísticos, literarios, etcétera, orientados a incrementar su capacidad de explicación en sociedades complejas. Y si de sociedades complejas hablamos, el caso de la frontera norte y particularmente la frontera de Baja California, es uno de los casos paradigmáticos de cómo la historia de México ha mostrado perfiles de desarrollo económico, social, político y cultural *sui generis*, producto de un efecto de dimensión territorial que dificultó al Estado mexicano la imposición de su marca político cultural (centralismo-nacionalismo-patrimonialismo). La historia bajacaliforniana es paradigmática como tal, aún en la comparación, dentro de la historia de la franja fronteriza del norte de México.

*Profesor-investigador,
Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

La ciudad de Tijuana, situada en el último rincón del noroeste de México, ha sido reconocida por muchos estudiosos de las Ciencias Sociales como un laboratorio sociocultural (Canclini¹, Gilberto Giménez², Stavenhagen³, etcétera). *Leitmotiv* de crónicas históricas y hervidero de una literatura regional desde la segunda mitad del siglo pasado –por decirlo de un modo general–. Megalópolis reciente y ciudad bicultural desde siempre, la ciudad de Tijuana entraña para muchos de nosotros una historia única, paradigmática, si se puede decir, azarosa y atropellada; en muchos casos, de construcción de una comunidad *sui generis* abandonada a su suerte por la política virreinal y, posteriormente, por la miopía política de un Estado nacional heredero del centralismo y del patrimonialismo de la corona española. Tijuana es una dama que se ha forjado a sí misma en la adversidad capoteando en un ambiente de repudio, estigmatización, explotación y, para su desgracia mayor, denigración no sólo del poderoso vecino del norte sino de la propia comunidad nacional que, durante muchas décadas, la vio como una región “perdida” y vacía, como la frontera del pecado, como la frontera del caos, como la impresentable hija huérfana de la cultura nacional.

214 Bertrand Badie y Guy Hermet explican en su obra *Política Comparada* (1993) que existen unas “dinámicas huérfanas” que han configurado a algunas sociedades periféricas en el mundo. Dinámicas en las que “el elemento amerindio se ensombrece y sólo se hace aparecer falsamente como folklore indigenista. Por otra parte, la parentela europea no se identifica con su descendencia, que hace tiempo ha olvidado la imitación de su modelo (cultural), al grado que, como los hijos rebeldes, se siente repudiado”. De ahí su obsesión en afirmar lo específicamente latino que con frecuencia solamente es “la confesión agresiva de un complejo de abandono, de una búsqueda de identidad de lo más insegura: la de los herederos desheredados”.

El libro de Elizabeth Villa, recientemente publicado (2018) en la ciudad de Tijuana por el Centro Cultural Tijuana (CECUT) de la Secretaría de Cultura titulado *Entre el vacío y la orfandad. Sociedad y prácticas culturales en Tijuana*

¹ Montezemolo, Fiamma (2009). “Cómo dejó de ser Tijuana laboratorio de la posmodernidad. Diálogo con Néstor García Canclini”, en *Alteridades*, vol. 19, núm. 38, julio-diciembre 2009. Distrito Federal, México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, pp. 143-154.

² Giménez, Gilberto (2009). “Cultura, identidad y memoria: *Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas*”, en *Frontera Norte* [online]. vol.21, núm. 41, pp.7-32.

³ Stavenhagen, Rodolfo (2014). *Tijuana 58. Las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora de Tijuana*. Tijuana, B. C.: COLEF.

na (1942-1968), es uno de los afortunados ejemplos de aproximación al *ethos* tijuanaense y de Tijuana. Su trabajo es, al mismo tiempo, un texto académico y un trabajo literario, y aunque no se ha propuesto hacer una obra literaria como tal, la temática tratada cuidadosamente logra hacer contactos profundos con la cultura, el imaginario, el discurso que los tejen pero también –señala la autora– “los procesos de construcción de sentido” que se realizaron desde las prácticas de los ciudadanos que habitaron esos espacios. Sin ser socióloga, pero con un amplio conocimiento de la literatura y la historia, la autora hace un adecuado uso de conceptos de las ciencias sociales como *sociabilidad*, *discursos públicos*, *capital cultural*, *clase social*, *élites*, etcétera, para reconstruir desde una perspectiva histórica y cultural, el proceso en el que la clase media tijuanaense se asumió como rectora del rumbo que debía seguir el discurso histórico, la educación superior y el fomento de la cultura y las artes. Todo ello en aras de combatir el estigma de una ciudad (la Leyenda Negra) “maldecida por el vicio y la degradación”. El magistral análisis hecho a partir de la reconstrucción histórica que realiza la autora, discurre a través del buen uso de la teoría de autores clásicos de las ciencias sociales como Habermas, Pierre Bordieu, Bauman, hasta la referencia cuidadosa de una lista sinfín de autores nacionales y locales.

215 A lo largo de cuatro nutridos capítulos y un epílogo conclusivo, la doctora Villa recorre la historia de Tijuana desde sus inicios como una economía anclada en el turismo de giros negros (adaptada a las necesidades de consumo de una sociedad gringa ávida de experiencias exóticas prohibidas por la moral social de la comunidad anglosajona de California), los comienzos de una lucha por determinar el espacio público urbano entre los tijuanaenses y el turismo, y el empeño local por exorcizar el discurso de la Leyenda Negra a través de campañas moralizadoras en los años cuarenta. En un segundo capítulo, la autora se enfoca en analizar el voluntarismo de la clase media tijuanaense por construir un discurso y una narrativa cultural que emulara el sentido patriótico de un lugar en el que la Nación y sus símbolos pudieran dar sentido a una frontera tan lejos del ombligo de la Nación y tan cerca de las garras del vecino del norte hambriento de todo (territorio, consumo, exotismo, poder, etcétera). Frente a ello, las clases medias tenían que construir una sociabilidad levantada sobre la participación colectiva en la hechura de acciones y discursos que promovieran el mejoramiento social, material y, sobre todo, moral de la ciudad. Para ello, había que moldear un tipo de individuo cultivado, educado y con las cualidades “para circular en la vida asociativa” de la naciente ciudad.

En el tercer capítulo la autora nos introduce en las prácticas asociativas y culturales mediante la forma privilegiada del “clubismo”, los comités ciudada-

nos de participación y los modelos de cultura asociativa “suprarregionales” (el Seminario de Cultura Mexicana y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, por ejemplo). En un cuarto capítulo la doctora Villa reconstruye la hechura de las narrativas, discursos y debates “para una memoria pública” de la historia de Tijuana (el debate del filibusterismo y la defensa de 1911, las misiones religiosas durante la Colonia como narrativa fundacional, y el debate sobre los casinos y la vida licenciosa de la ciudad).

Personalmente destaco de la obra el peso específico que la autora asigna a la mujer en la determinación de la naturaleza del espacio público, al papel de los jóvenes de clase media y a la migración española en la construcción de un discurso identitario que llenara el vacío y la orfandad, que la condición territorial y el peso del estigma regional y nacional habían hecho recaer sobre la ciudad desde sus orígenes.

En suma, a través de un exhaustivo trabajo de análisis documental hemerográfico y de consulta de archivos y fuentes privadas y públicas, la autora ha reconstruido el tenso juego que se daba (¿se da?) entre la cultura y el imaginario nacional del centro político del país y los de la frontera de Baja California (y de Tijuana en particular) para determinar los cánones, las representaciones, las identidades y los imaginarios socioculturales en la frontera. En este proceso –insisto– la clase media fue quien se convirtió en “la guía para la consolidación del proyecto modernizador en Baja California”. Los primeros ensayos para la construcción de una identidad fronteriza vinculada pero no dependiente del resto del país. Como señala la autora: “este particular ‘ensayo’ de mexicanidad para la frontera” fue determinante, durante tres décadas, del rumbo y del peso específico que la hoy cosmopolita megalópolis tiene en el conjunto de las dinámicas nacional y regional en un entorno binacional inevitable. En medio de la nada se había gestado una cultura propia y una identidad más allá de los nacionalismos estatales y más allá de los hoyos negros de una sociedad norteamericana que permanentemente amenaza con tragarse la voluntad de la comunidad tijuana por encontrar su *ethos* cultural en medio del desierto vacío y de una subrepticia condición de orfandad.

Cuernavaca, Morelos, otoño del 2019.

Villa, Elizabeth (2018). *Entre el vacío y la orfandad. Sociedad y prácticas culturales en Tijuana, 1942-1968.*
Tijuana, B. C.: Secretaría de Cultura, CECUT.